

Historias para no dormir

Siendo MEDICINAGENERAL una revista mensual, nos encontramos cada vez más con más noticias a las que dar cabida en nuestras páginas, o de las que opinar desde este editorial. Algunas son de poca envergadura, aunque con el correr de los días se convierten en temas estrella y ocupan la mayor parte de los titulares de los medios de comunicación. Otros temas que tal vez tienen una trascendencia mayor, apenas figuran de pasada en los diarios. Una manera de hacer que, a veces, es sencillamente casual y otras de efecto copiado, pero que en la mayor parte de las ocasiones no es más que un reflejo de la banalidad con que se presentan, hoy por hoy, algunos temas trascendentes a los que se debería dedicar más información y profundidad. Pero he aquí que, cuando hay intereses en juego, los temas se exageran, distorsionan o se sacan de contexto según la parte que tiene intereses en ello, ya sean económicos, políticos o publicitarios. Así, el lector va perdiendo capacidad receptiva de la información y termina corriendo el riesgo de ser manipulado por estos grupos de poder. No es que pretendamos quitarle nivel al lector, sino todo lo contrario, intentar despertar su sentido crítico y denunciar a los medios que utilizan técnicas de acción psicológica masiva y están al servicio de los intereses del momento. Ya nos basta con la publicidad directa para rendirnos a su mensaje; porque ¿quién no ha sucumbido alguna vez a su influencia? Indudablemente, esta sociedad de consumo puede darnos muchas cosas que queremos comprar y lo más irónico del asunto es que puede también crearnos



el deseo de ello, generarnos una necesidad que hasta entonces no teníamos. Y actualmente parece que la dicotomía pasa por que la publicidad se dirige a alimentar los deseos, mientras que lo que debería ser información (aunque hay excepciones) se dedica a alimentar nuestro temor. Y un ejemplo reciente de

todo ello bien podría ser el que resultó polémico anteproyecto de ley contra el consumo de alcohol en jóvenes y adolescentes, del que sin duda se dijo de todo y fue la gran estrella durante unos días en todos los medios de comunicación.

La pena es que, de todo lo que se dijo, bien poca cosa resultaba constructiva... Y lo paradójico resultó ser que, en vez de luchar todos contra el problema, el problema se

escabulló y se quedó sólo la lucha, entre todos.

Es bien sabido que desde la Sociedad Española de Medicina General siempre hemos defendido que lo que hay que primar es el bien general, que lo que debemos hacer es mirar más por la salud (y, no se nos entienda mal ni se nos distorsione, eso no implica tener que mirar menos por sectores económicos y/o políticos). Pero una vez más hemos visto cómo intereses políticos y económicos menospreciaban lo que sin duda es una necesidad sociosanitaria. Y así, hemos tenido que salir los médicos a decir que el exceso de alcohol es nocivo para la salud, a todas las edades, pero especialmente en las de la adolescencia y la juventud; hemos tenido que recordar que no hace falta que para ello se certifique un consumo o hábito continuado en el tiempo, sino que con una vez que se dé de manera intensa sus efectos pueden ser

devastadores; y hemos tenido también que reiterar que hace mucho tiempo que los médicos de atención primaria vemos en nuestras consultas sus efectos. Y lo hemos hecho casi todos apostando por la oportunidad de un anteproyecto que, aunque no fuera perfecto (que no lo era), nos abría una puerta a la esperanza, una herramienta con la que, por fin, poder empezar a trabajar y a hacerlo todos juntos, desde todos los estamentos implicados, de manera directa o indirecta. Aunque no fuimos todos los médicos los que nos decantamos por ello, ya sabemos que siempre hay quien prefiere poner palos en las ruedas en vez de subirse al carro para ayudar a llevarlo hacia una buena dirección. ¿El porqué?, otra gran incógnita.

Pero de lo que no nos cabe ninguna duda es de calificar, siempre hablando desde la perspectiva sanitaria, de irresponsabilidad la actuación de todos los que prefirieron manipular, tergiversar y desinformar a la población aludiendo a artimañas y argucias efectistas con fines claramente políticos, llevando el debate hasta un extremo que sin duda, en tan altas dosis, no puede resultar sino pernicioso para la sana opinión de toda la población. Y hubo quien seguramente se mantendría indemne, pero estamos seguros de que muchos ciudadanos llegaron a creerse tamañas *historias*: que si se acabará prohibiendo hasta el aire que respiramos, que si se ataca de nuevo una de nuestras tradiciones ancestrales, que si hasta los médicos recomendamos su consumo moderado, que si todos somos capaces de saber lo que nos es bueno y lo que no, que si...que si..., que dónde vamos a parar.

Lástima que no todo el mundo sepa mirar más para allá y poner el freno cuando hace falta. Si quiéramos defender tradiciones, podríamos potenciar los dichos populares, por ejemplo. Y ya lo decía la abuela: todos los excesos son malos. Así que a partir de ahora habrá que buscar el equilibrio y encontrar una solución para hacer frente a este grave problema de salud pública. Porque, si somos realistas, eso es precisamente lo que es necesario.